

Inmaculada Arias de Saavedra Alías, Esther Jiménez Pablo y Miguel Luis López–Guadalupe Muñoz (eds.), *Subir a los altares. Modelos de santidad en la monarquía hispánica (siglos XVI y XVIII)*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2018, 422 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.39.2019.749-758>

Una obra colectiva que aborda desde perspectivas diferentes el fenómeno de los beatos, los santos, las percepciones sobre la santidad, las disposiciones de la Iglesia Tridentina al respecto, las advocaciones y las modas que en este ámbito se crean, los medios de difusión de los modelos de santidad a través de la imprenta o del arte, los intereses políticos, de las órdenes religiosas diversas o locales por elevar a los altares a los suyos, etc.

Todo católico está llamado a la santidad, y en una sociedad como la sacralizada del Antiguo Régimen, la propagación de posibles arquetipos a seguir en ese empeño, se muestra como una realidad cotidiana, en la que los hombres y mujeres buscaron pautas, pero también seguridades, y se acogieron a esa intercesión que la Iglesia les recordaba que podían ejercer entre ellos y el Altísimo. Por ello, esta sociedad conocía a los Santos, sus vidas, y creía incluso reconocerlos en vida. Surge así el “olor de santidad”. Y “la fama” y “la voz”, que siendo mala y en cualquier materia podía llevar a una persona y a todo su linaje a la pérdida de honra social (“con la reputación muchas veces se acaban más cosas que con las armas y con los ejércitos”, como señala un texto que aporta en esta obra E. Jiménez), pero que siendo buena, como era esta, le ensalzaba y podía llegar a presionar para conseguir el respaldo de la Iglesia. Un apoyo que se empezó a regular, para que las presiones no fueran determinantes en el proceso, evitando pues proclamar la beatitud o santidad “en caliente” y antes que se aprobase en Roma.

Así pues en las diferentes aportaciones de esta obra, se afronta el fenómeno de la beatificación y canonización de hombres y mujeres, que solo podemos entender en el contexto de las directrices que en la sesión XXV del Concilio, *De invocatione, veneratione et reliquiis sanctorum*, se desarrollaron a finales de 1563 ponderando la acción y misión de los Santos, que las iglesias reformadas habían negado.

En un primer bloque, recogido bajo el epígrafe, “Idea de santidad y procesos de canonización” la aportación inicial es la de la Dra. Inmaculada

Arias de Saavedra Alías (*Huellas de los procesos de canonización y beatificación en la imprenta andaluza (S. XVII-XVIII)*) que, nos introduce en el tema a través del estudio de los testimonios impresos -de todo tipo- de las canonizaciones celebradas en Andalucía en los siglos XVII y XVIII. Pero, previamente realiza una detallada exposición de los requisitos que se impusieron en la iglesia tridentina para la beatificación y canonización, con el fin de evitar presiones de la religiosidad popular y de las órdenes religiosas interesadas en promocionar en esa carrera a los miembros propios. Estas exigencias fueron bien conocidas en España, de donde procedían la mayoría de estos santos.

Un riguroso análisis cuantitativo de las publicaciones al respecto, deja paso al cualitativo que le permite observar como a la hora de celebrar no existió una diferencia jerárquica entre canonizaciones y beatificaciones, dando lugar a una exaltación similar. Por ello se formula la pregunta de por qué unos santos tuvieron más repercusión que otros, y la respuesta más evidente parece ser la pertenencia a una orden religiosa. Jesuitas, carmelitas, capuchinos, dominicos, franciscanos y agustinos, por este orden, consiguieron elevar a alguno de los suyos a los altares. Su detallado estudio de los impresos –materia en la que es una reconocida experta-, nos permite conocer el fenómeno que en torno a estas actividades si hicieron y que superaron el marco del culto, con las participaciones más señaladas y las memorias que de ello nos han quedado.

El dr. Julián J. Lozano Navarro (*Entre jesuitas y beatas. la percepción de la santidad en el Colegio de la Compañía de Jesús en Marchena (Siglos XVII Y XVIII)*). Analiza –como se hace en varios de estos capítulos- la presencia de la nueva orden en la percepción y los procesos de santidad. Este reconocido especialista en la Historia de los jesuitas, nos permite advertir la tarea que por establecerlos en Andalucía realizó Catalina Fernández de Córdoba, condesa de Feria y marquesa propietaria de Priego, fundadora del colegio de la Compañía en Córdoba. Así como la vinculación de este linaje (su hijo fue el fundador del colegio jesuítico de la Encarnación de Marchena) con la Compañía y cómo esta orden buscó que fueran suyos los confesores de estos nobles.

Dada esta vinculación, en Marchena la celebración por los primeros santos jesuíticos tuvo una repercusión especial que alcanzó a la familia, contribuyendo a su mayor presencia y esplendor. Pero, la decadencia del colegio desde la década de los treinta del Seiscientos hizo que las celebraciones posteriores estuvieran marcadas por la austeridad. Paralelo a este proceso, y quizás parte de la causa de este declive estuvo en la presencia

en la villa de lo que el autor denomina un nuevo modelo de santidad: un grupo de beatas.

Aunque estas se han definido como mujeres libres de la autoridad masculina, digamos que esa posibilidad y por tanto ese modelo es más teórico que real. En el caso de las beatas de Marchena la vinculación con la Compañía desdice también ese presupuesto y, por otra parte, les hizo a ellas mismas considerarse miembros de esa orden masculina. Y, arropadas tanto por los jesuitas como por la casa de Arcos consiguieron superar la fama, casi siempre mala, que conllevaba la condición de beata. Entre ellas la Hermana Damiana de las Llagas, que compartía al Rector de los jesuitas como confesor con el Duque, y que por lo tanto se convirtió en vínculo que unía a la casa con la Compañía. La muerte de la Hermana se adelantó, pero poco, a la salida de los duques de Marchena. Ello ocasionó la caída del colegio jesuítico, pero para ponerlo freno jugaron con fomentar la fama de santidad de Damiana y de otras nuevas beatas vinculadas al colegio como María Jesús de los Ríos, cuya familia pasó a ocupar el lugar que antes tuvieron los Ponce de León en la asistencia y patronazgo a los jesuitas.

El dr. José Martínez Millán (*El cambio de modelo de santidad durante la segunda mitad del siglo XVII*), trabaja partiendo de dos ideas clave. Por una parte, que el paradigma del santo es un discurso teológico encarnado y, de la necesidad que la Iglesia sintió de controlar tal discurso, haciéndolo con las narraciones y hagiografías y, por otra, de que el modelo de santidad varió entre los siglos XVI y XVII. Con ello, el fervor popular que algunos fieles habían despertado en vida dejaba de ser elemento suficiente para promover su beatificación, incluso podía ser interpretado como un deseo de imposición a la curia. La *Congregación de los Ritos* se había implantado con este fin en 1588 y la *Congregación de los Beatos* que empezó a reunirse en 1602, contribuyó también al cambio. En el XVII, para publicar una biografía o para construir un sepulcro en honor de un difunto con fama de santo, se necesitaba la aprobación del obispo del lugar, pero el ordinario debía informar a la Santa Sede antes de tomar cualquier decisión. En esta línea se incardina la aparición de un grupo de jesuitas belgas, los “bollandistas”, que buscaba eliminar todo lo apócrifo de las vidas de santos. Pero, sobre todo, el nuevo paradigma de santidad se construye a través de los elementos de espiritualidad del Oratorio de San Felipe Neri.

Por su parte, la dra. María de los Ángeles Pérez Samper (*Camino de santidad: La Religiosa Instruida de Antonio Arbiol (1717)*) en su capítulo se acerca al camino de la santidad en femenino. Por ello, Santa Teresa de Jesús es vista como el modelo de la Edad Moderna de más relieve y pervivencia,

si bien y contradictoriamente, no es el estándar que se propugna por el autor que estudia, pues no fue la Santa mujer callada, sumisa, que no saliera del convento. No obstante, se la elige a ella como guía principal en una obra posterior, de comienzos del siglo XVIII, muy difundida y con numerosas ediciones, como fue la obra de Arbiol. Este tomaba a la santa de Ávila como pauta, pero en ocasiones también a otras, como Santa Catalina de Bolonia, Sor María Jesús de Ágreda, que solo llegó a ser declarada venerable, como lo fue la zaragozana Madre Jacinta –de la que escribió asimismo una biografía- e incluso a San Juan de la Cruz. Todo ello a través de ocho libros -puesto que no los denomina capítulos- en los que va desgranando el tipo ideal de monja desde el noviciado, o mejor dicho desde la elección del estado célibe, puesto que en una opción mal tomada podía estar la incapacidad de ser una buena religiosa y en consecuencia de errar en el camino a la santidad. La tarea de Maestra de Novicias era por ello relevante, debatiéndose entre la comprensión y la exigencia. Pero aborda también los espacios propios como la celda y, los comunes del convento, los sacramentos y las devociones, el trato dentro del convento, que debía sustentarse en el silencio, y con el exterior, que debía reducirse al máximo, pues para algo se había establecido la clausura, el desempeño de oficios en el convento, especialmente el de Prelada que no se debía dar a mujer ambiciosa, y para finalizar la enfermedad y la muerte. Atendiendo a todos estos apartados, guiadas de tan buenos ejemplos, las monjas tendrían más fácil ponerse no solo en camino de salvación, sino en camino de santidad.

La dra. María Leticia Sánchez Hernández (*El proceso de beatificación de sor Margarita de la Cruz y Austria*) realiza un trabajo para el que ha podido gozar de una documentación privada, que salió del ámbito de los archivos y que la autora ha recuperado literalmente, para el estudio histórico, y que hoy se encuentra en el Archivo del Monasterio de las Descalzas Reales. Se centra en la mujer que se quiere beatificar: monja, pero también infanta. Su beatificación sería pues un triunfo que jugaba a favor del convento pero también de los Austrias. Si bien, en el claustro se debió perder el entusiasmo y fuerza necesaria para seguir con una causa, que el cambio de dinastía tampoco favoreció.

Su vida como religiosa –que se conoce gracias al relato escrito por su confesor Juan de la Palma, a iniciativa Felipe IV y de la superiora, y por la biografía de Juan de Palafox y Mendoza, que repite los datos del anterior- estuvo marcada por los privilegios que se le concedieron, entre los que estaba no ser molestada con una elección de abadesa. Tampoco cultivó la escritura, más allá del género epistolar, pero se le reconoce el haber

impuesto un libro de oraciones (*Ejercicio de devoción y oración para todo el discurso del año*) que mandó imprimir para ser observado durante todo el año en las Descalzas y que, por tanto, marcó su religiosidad.

El proceso estudiado se ajusta a la normativa dada por Urbano VIII en materia de beatificaciones, cuando en Roma se prohibía dar culto a ninguna persona por su fama si no había sido respaldada por la Congregación y, gracias a los datos proporcionados podemos conocer quienes aportaron los argumentos, sus datos personales y si se adecuaban a los requisitos que se les imponían para poder testificar.

Cierra este primer bloque el dr. Eliseo Serrano Martín (*Santos que quedaron en el camino. Vidas religiosas y procesos hacia la santidad en la Edad Moderna. Una aproximación con ejemplos aragoneses*) que en la línea de sus reconocidas aportaciones anteriores a este tema y, abundando en la idea de que fueron los santos españoles de la contrarreforma los más numerosos, se fija en los aragoneses. En este listado los antiguos mártires en la fe –que posteriormente fueron reivindicados por algunas localidades como propios- dejan paso sobre todo a los promovidos por las órdenes religiosas. Fueron muchos los presentados, pero también otros muchos los que siendo propuestos se quedaron en el camino. Centra su investigación en los procesos masculinos: el de beatificación del dominico fray Domingo Anadón, del franciscano Pedro Selleras Lázaro, del Obispo de Tarazona don Pedro Cerbuna, de Jerónimo Batista de Lanuza, que no llegaron a los altares. Y, tras su análisis, puede concluir que sus vidas, sus virtudes, sus actos, no distaban tanto de los que sí pudieron ser coronados con el título de santos.

El segundo bloque sigue el epígrafe “Vidas de santos y hagiografía”, y lo inicia la dra. Esther Jiménez Pablo (*La polémica imagen de San Ignacio de Loyola en las hagiografías del s. XVII*), que retoma el tema de la canonización de San Ignacio de Loyola. En realidad, nos ofrece el otro proceso, anterior al de canonización, que consiste en perfilar la imagen del Santo que se desea transmitir desde Roma. Un proceso en el que no hubo unanimidad total, ni dentro de la orden, pues entre Ribadeneyra y Maffei se dibujaron diferentes perfiles para transmitir a la devoción de quien ya tenía fama de santo.

Ignacio era un santo español natural de los reinos de la Monarquía Hispánica, con cuyos intereses se identificaba, según la obra del primero. El segundo, en su biografía puso el acento en todo lo que consiguió fuera de la península y la ayuda que le prestaron. Así, mientras que el primero olvida y obvia toda referencia a su salida por la Inquisición, el italiano da al santo una pátina internacional, de acuerdo a la nueva dirección de la Compañía,

gozando por tanto su biografía de una mayor difusión. La corriente francesa, por su parte, se centró en ensalzar los años de estudio en París, que no pudo tener en territorios de la Monarquía, como los fundamentales para el desarrollo del futuro santo, lo que al tiempo posibilitaba ensalzar al propio Luis XIII. Discrepancias y visiones muy distintas que nos dan a entender la trastienda de la creación de la figura del santo.

La dra. María Victoria López-Cordón Cortezo (*¿Santo barroco o apostol revolucionario? Fray Diego José de Cádiz*) se centra en el conocido beato capuchino Fray Diego José de Cádiz. Cargos, nombramientos religiosos y académicos, contactos con la familia real, son rasgos de su biografía, que quedan empañados por su intensa actividad como predicador en las misiones populares. Estas, si bien se iniciaron en la vía tradicional de llamar a la conversión, dieron paso a una invocación a reformar las costumbres, sobre todo en lo concerniente a la inmoralidad de los poderosos. Por otra parte, predicó siempre para que la Iglesia no quedara sometida al poder real y, en favor de la acción contra los enemigos de la patria, que lo eran de la religión, aunque le conocemos sobre todo por su tarea contra el teatro, los toros, los bailes, el lujo, etc.

Fue impulsor y difusor de una devoción nueva, la “Divina Pastora”, predicó contra el Fondo Beneficial (1783-91), con el que la Iglesia debía ayudar a causas sociales, manteniendo a los pobres y, no se prodigó en el claustro conventual, sino que se recorrió el territorio peninsular. A pesar de ello, publicó muchas obras y tanto o más papeles menores. Su beatificación llegó a finales del siglo XIX, por León XIII, y deja clara la impronta popular, que sobre todo en su tierra había tenido y mantenido.

El dr. Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (*Forja de santidades: Memoria de los Mártires de la Alpujarra (1569-1621)*) estudia una tipología de santos, los mártires, que en la Edad Moderna peninsular tuvieron menos peso, pero no los que resultaron de la sublevación de la Alpujarra. Trabaja tomando como referencia algunas crónicas como las de Luis del Mármol Carvajal y fundamentalmente de quien le cita profusamente, Justino Antolínez de Burgos (hermano de Juan, quien hiciera la *Historia de Valladolid*), autor de una obra que toma al colectivo morisco como un conjunto sin fisuras. De hecho, fue fundamental para que partiendo de la memoria de los mártires, en cada población se buscara también la autorización para darles culto local y, si era posible, iniciar procesos de beatificación, con Mariana de Austria.

La segunda revuelta morisca en la sierra granadina originó pues un grupo de santos con el distintivo de mártires, cuya presencia se considera

vital para la “restaurada” iglesia de Granada. Su número es imposible de conocer y, aunque se ha hablado de unos 3.000, de entre ellos los nominados no pasan de 400, de los cuales solo poco más de 100 quizás fueron eclesiásticos. Sus familias recibieron “compensaciones en suertes de tierra a los familiares de los mártires e incluso, generalmente más tarde, ejecutorias de hidalguía-, aunque no hubiera mediado un reconocimiento oficial por parte de la Iglesia de Roma”.

La dra. Montserrat Molina Egea (*Reconstruyendo la santidad. El proyecto hagiográfico en torno a Maria Caterina Brondi (1719-1743)*), estudiosa de la vida de Maria Caterina Brondi, también conocida en la época como la santina di Sarzana, realiza un trabajo que nos lleva a terrenos del Gran Ducado de Toscana. Esta mujer no perteneció a ninguna orden religiosa, pero salvo por esto, en todo lo demás su historia de vida respondía a los modelos de la hagiografía del barroco. Su biografía fue realizada por el abad Bambacari, dado que si en vida ya gozó de fama de santa a su muerte surgieron voces que le vinculaban con el demonio, y en otro plano al quietismo y al jansenismo. Para frenar esa corriente y, en principio no para contribuir a un proceso de beatificación, escribió una *Memorie Istoriche* y no una *Vida*, de nada menos que seis libros, que no se dio a la imprenta hasta 1743. Al prolongarse tanto esta memoria escrita no se favoreció el desarrollo de los preceptivos procesos que en Roma se tenían que haber puesto en marcha, favorecidos por los correspondientes poderes, para llegar a una beatificación, que a pesar de negarse en la ejecución de su historia de vida, era el objetivo final.

La dra. Henar Pizarro Llorente (*La delicada devoción. Las biografías en español de santa María Magdalena De Pazzi*) aborda a esta santa florentina del XVII que no gozó de devoción en territorio español (ni aun transformando su apellido en “de la Paz”), como si lo tenía en otras zonas de Europa. Para difundir su modelo y espiritualidad la orden de los carmelitas observantes hicieron una tarea. La primera biografía fue realizada por el clérigo secular Vincenzo Puccini y se convirtió en la fuente principal de difusión de la vida y legado espiritual de la religiosa, y se continuó con otra en 1627, año en el que apareció otra en Zaragoza, redactada por fray Marcos de Guadalajara y Xavier y, otra, con una extensión de sólo dos hojas, que se publicó en Sevilla sin firma de autor, más la que en 1728 se publicó en Barcelona y la que en 1729 viera la luz en Antequera.

El carmelita Juan Bautista de Lezana, dio otro impulso a su figura con otra biografía; con una obra que tuvo varias reediciones hasta el siglo XIX, y contribuyó a poner a la santa italiana en relación con el tronco

común de la mística carmelitana española. En esta línea y en la de la publicación de estampas, se produjo otro gran intento de darle a conocer que llegó en 1670 con la aparición de una comedia sobre María Magdalena de Pazzi escrita por Juan Bautista Diamante. Y el último, en Zaragoza en 1738, del carmelita Francisco Alberto de la Casta y Pueyo, más liviana que la anterior aunque bebía en ella. Pero ello no indica que perdiera su condición de extranjera. Así se puede interpretar que la llegada de la noticia de su canonización a Madrid, a pesar del apoyo que los Austrias le mostraban, no tuvo la repercusión de otras, como por ejemplo la de San Pedro de Alcántara que coincidió en el tiempo. Aunque si en Zaragoza tuvo una repercusión mayor y contó con el apoyo económico de Juan José de Austria.

En tercer lugar, el epígrafe “El amplio mundo de las devociones” se inicia con un trabajo conjunto de las dras. Margarita M. Birriel Salcedo y Carmen Hernández López (*Devociones domésticas: objetos devocionales en los hogares rurales (Siglo XVIII)*), que estudian a través de protocolos notariales –dotes e inventarios- objetos devocionales –muebles en concreto: pinturas, estampas y tallas- que es posible encontrar en el ámbito rural de Albacete y el Valle de Lecrín. Cuando estos existen, son estudiados buscando dar respuesta a una serie de preguntas que abarcan la historia de género, de la religiosidad, de la cultura. Un estudio con un peso cuantitativo y descriptivo destacado de la cultura material y también de las prácticas sociales. La religiosidad como expresión de la cultura, marcando las diferencias entre ambos espacios, la presencia de las distintas advocaciones, que se conocen no solo por los objetos de devoción sino por las prácticas celebrativas que se desarrollan en esa zona de la Mancha y Andalucía. Devociones a santos, más que a santas, que son los más invocados y los que ofrecen más días festivos. Si bien cuando existen, son preferentemente santas auxiliadoras, doncellas mártires del primer cristianismo.

La dra. Natalia González Heras (*La cultura material doméstica como testimonio de las devociones personales en el Madrid del siglo XVIII*) trabaja en la línea de sus acertadas investigaciones anteriores, en el intento de aunar cultura material y devoción, en las viviendas madrileñas de la segunda mitad del Setecientos, pero en casas de hombres de la administración. En sus residencias los vestigios pueden ser más abundantes, pero no distintos a la tendencia más común: la Virgen (Encarnación, Virgen madre con el niño, Visitación, Anunciación, Inmaculada Concepción, Sagrada familia –San José, San Joaquín, Santa Ana- con el niño), y Santos (Isidro Labrador, Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Antonio de Padua, Domingo, Teresa), fundamentalmente los contrarreformistas.

Otro trabajo conjunto de las dras. María Magdalena Guerrero Cano y María del Mar Barrientos Márquez (*Devociones religiosas en América a través de la prensa (siglos XVIII y XIX)*) es el único que se adentra en el siglo XIX, y utiliza como fuente principal la prensa escrita: las *Gacetas* y dentro de ellas la sección de *Avisos*. A través de su lectura las autoras han podido conocer las devociones que primaban en la religiosidad del espacio americano. De tal manera que no se toma la literatura religiosa en sentido estricto como base para conocer esta materia. A su vez, este análisis tiene especial importancia, porque si bien para esas fechas ya existían santos americanos, estos seguían siendo una minoría con respecto a la relación total de hombres y mujeres elevados a los altares.

El análisis de las obras religiosas publicadas y vendidas en estos lugares, de catecismos, sermones, Vidas ejemplares (entre las que se encuentra una de Fray Diego José de Cádiz, en Caracas) cursos de formación cristiana, venta de medallas e imágenes, etc, son tomadas como indicador de las devociones en México, Lima y Caracas.

La dra. Ofelia Rey Castelao (*El Apóstol Santiago y las tradiciones jacobeanas en el teatro*) establece una relación entre el teatro del Siglo de Oro –aunque las obras y fechas que se aportan son mucho más generosas en su cronología- y el apóstol Santiago, puesto que la literatura, y en concreto esta que era la más popular, porque se representa, también contribuyó a crear una determinada imagen del Santo, de sus tradiciones y leyendas. El teatro jesuítico no abordó el tema, y si lo hicieron tanto Lope como Tirso y un crecido número de autores menores y por supuesto locales, que no lo tomaron como trama principal y única, sino que por el contrario utilizaron al apóstol como elemento complementario y ejemplarizante.

Santiago, por su protección a la monarquía se considera un santo fundamental, patrono de España, pero su peso, medido por la importancia de la peregrinación había caído en el siglo XVII cuando se producen estas obras literarias, al tiempo que tiene que compartir papel con Teresa de Jesús, convertida en copatrona. La presencia de esta santa, así como asuntos más antiguos tales como la competencia con Toledo por ser sedes primadas, el Voto a Santiago y el pleito grande llevado en la Real Chancillería de Valladolid y, la orden militar, son parte de las tramas de un buen número de obras, en las que se pone de manifiesto las creencias, las desavenencias en cuanto a lo oficialmente establecido y el peso de una advocación muy peculiar.

El dr. Manuel Rivero Rodríguez (*Los Santos los crea el pueblo: El Inquisidor García De Trasmiera y la Venerable Sor Orsola Benincasa*)

trabaja con un objetivo propio, muy diferente al de trabajos anteriores. Quiere comprobar la presencia del elemento religioso en las revueltas de Nápoles y Sicilia, como hace ya décadas propugnara Peter Burke. Para ello estudia a sor Orsola Benincasa, originaria de Siena, como Santa Catalina con quien se la vinculaba, y fundadora de la Congregación de las oblatas de la SS. Concepción de María, las hermanas de la vida activa, dedicadas a la educación de la juventud y de la Congregación de las romitas de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, de estricta clausura. Conocida en vida por sus dotes proféticas y adivinatoras, muchas veces en materia política o de la Iglesia, alcanzó la condición de Venerable (segundo paso en el camino de la beatificación tras el de sierva de Dios) al terminar el siglo XVIII. Su vida fue escrita por el padre Mattei, un teatino napolitano, aunque aparecía firmada por el inquisidor General de Sicilia, el vallisoletano Diego García de Trasmiera. De tal manera que un libro proscrito por la Iglesia apareció con el respaldo de Dn. Juan José de Austria. A pesar de ello, el libro fue retirado por dar por santa a quien solo gozaba de la fama, pero el apoyo de Juan José de Austria, hijo ilegítimo –reconocido- de Felipe IV, fue también apoyo a la orden por ella fundada y a los teatinos que la acogieron.

Una obra estructurada en tres bloques, con dieciséis aportaciones o capítulos, sobre beatos y santos, beatas y santas, que siendo menos numerosas tienen importante presencia en este libro. Monografía sobre los santos que no se recrea ni abunda en ofrecernos martirios, revelaciones, éxtasis, o milagros, aunque de hecho aparezcan. No es esa su finalidad. Estos prodigios no eran imprescindibles en principio, aunque a la larga resultaran necesarios para asegurarse la culminación de un proceso que después de Trento acaparó Roma, eliminando aquello que siempre había sido necesario: la fama y voz. En definitiva, un conjunto de trabajos que resalta por abordar todos ellos un mismo tema, desde perspectivas muy diferentes. En cualquier caso, destaca porque cada capítulo es un trabajo de investigación, elaborado con una metodología adecuada, con una excelente contextualización, lo que permite, tras su lectura completa conocer mejor no solo lo concerniente al proceso de creación de santos en la Europa y América postridentina, sino la sociedad y su religiosidad.

Una obra completa que, sin duda, se convertirá en referencia obligada para el estudio de los santos y de la religiosidad moderna.

Margarita TORREMOCHA HERNÁNDEZ
Universidad de Valladolid
torrem@fyl.uva.es